

HEGEMONÍAS DEL CONOCIMIENTO. REGISTROS DE ERNESTO LACLAU BAJO LA POST- DICTADURA CHILENA (SANTIAGO, 1997-2007)

<https://doi.org/10.56754/0718-4867.2024.3653>

Dr. Miguel Valderrama

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile

miguelvalderramac@hotmail.com

ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0001-7504-8410>

Dr. © Mauro Salazar J.

Universidad de La Frontera, Temuco, Chile.

Universidad Austral de Chile, Valdivia, Chile

mauro.salazar@ufrontera.cl

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-2280-0378>

Recibido el 2024-04-10

Revisado el 2024-04-18

Aceptado el 2024-04-30

Publicado el 2024-06-19

Resumen

Introducción: En el contexto de políticas transicionales en Chile (1997) los diálogos que aquí se presentan -a modo de entrevista- repasan algunos contenidos de la teoría hegemónica de Ernesto Laclau, descifrando un programa de reconstrucción que comprende las relaciones entre el postmarxismo, la deconstrucción y el análisis político del discurso.

Metodología: Los diálogos, asimilables al formato de la entrevista, no estaban estructurados por criterios de tiempo, ni por la progresión argumental de una perspectiva unitaria, sino en un sentido abierto y recursivo que ilumina los problemas políticos-alrededor de la construcción de identidades críticas. **Resultados:** Desde una perspectiva epistémica y conceptual, los contenidos dan cuenta de la contemporaneidad explicativa de

categorías tales como *antagonismo*, *metaforización*, *equivalencias*, *indecibilidad* y *sedimentación*, en la conformación discursiva de las identidades políticas en América Latina. **Discusión:** La teoría hegemónica ha sido central para ampliar los análisis políticos del discurso, como, asimismo, en descifrar las demandas populares bajo el ciclo de gobiernos nacional-populares en América Latina durante el periodo 1998-2016 y la irrupción de liderazgos autoritarios en América Latina. **Conclusiones:** la teoría laclausiana, como análisis político del discurso, cuestiona los paradigmas modernizadores, centrados en el crecimiento económico, y permite descifrar las nuevas formas de acción colectiva desde una hermenéutica política que ayuda a investigar la articulación "sujetos políticos", incluidos los conservadores, dentro del orden neoliberal.

Palabras clave: hegemonía, análisis del discurso, indecibilidad, antagonismos, deconstrucción, Laclau.

Article

HEGEMONIES OF KNOWLEDGE. RECORDS OF ERNESTO LACLAU UNDER THE CHILEAN POST-DICTATORSHIP (SANTIAGO, 1997-2007).

Abstract

Introduction: In the context of transitional policies in Chile (1997), the dialogues presented here -by way of interview- some contents of the hegemonic theory of Ernesto Laclau, deciphering a reconstruction program that includes the relations between the postMarxism, deconstruction, and political analysis of discourse. **Methodology:** The interview was not structured by criteria of time nor the argumentative progression of a unitary structure, but in an open and recursive sense that illuminates political problems and categories referred to the construction of critical identities. **Results:** From an epistemic and conceptual perspective, the contents give an account of the explanatory contemporaneity of categories such as antagonism, Metaphorisation, equivalences, indecibility, and sedimentation in the discursive conformation of political identities in Latin America. **Discussion:** Hegemonic theory has been central to broadening political analysis of discourse, as well as deciphering popular demands under the cycle of national-popular governments in Latin America during the 1998-2016 period and the emergence of authoritarian leaders in Latin America. **Conclusions:** Laclausian theory, as a political analysis of discourse, questions modernizing paradigms focused on economic growth and allows us to decipher new forms of collective action from a political hermeneutic that helps to investigate the articulation of "political subjects," including conservatives, within the neoliberal order.

Keywords: hegemony, discourse analysis, undecidability, antagonisms, deconstruction, Laclau.

Presentación¹

El pensamiento de Ernesto Laclau está afiliado a una teoría política contemporánea que no es fácil de inventariar. La vitalidad categorial del autor se sirve de las nociones de hegemonía (Antonio Gramsci), sobredeterminación (Louis Althusser), y *la indecibilidad* (Jacques Derrida) en el horizonte de la deconstrucción. No es posible obviar la crítica de Wittgenstein al apriorismo que busca imponer una *literalidad* del significado, sin considerar los "jeux de langage". En el devenir de un libro epocal, a saber, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Laclau y Mouffe, admiten una deuda con el filósofo vienés, "sabemos que no hay algo como la aplicación de una regla —la instancia de la aplicación es parte de la propia regla" (Prefacio, reedición, 2015. P. 3).

Las proposiciones del modelo laclausiano, ceñido al "giro lingüístico", la tradición retórica (catacrexis, metonimias, tropos) y el psicoanálisis, se caracteriza por una lectura sintomal del campo social -que responde a la primacía de lo político- como "formación discursiva" en permanente sedimentación", que no admite un sujeto empírico, trascendental u antropológico -que antecede sus propias condiciones discursivas de constitución-. Laclau asimila el Lacanismo (pequeño objeto a)², la filosofía analítica y las corrientes postestructuralistas mediante un régimen de conceptos fronterizos. En suma, las relaciones textuales de articulación, significantes vacíos, *diferencia, antagonismo, sedimentación, contingencia, identificación indecibilidad* – resultan dimensiones constitutivas del *corpus textual*.

Y aunque ello es parte fundamental del material que aquí presentamos, el autor nunca observa cuestiones estrictamente abstractas que se desprendan de múltiples luchas populares y demandas democráticas. El discurso hegemónico tiene a su haber un potencial de imágenes, una seducción hermenéutica y una capacidad de convocatoria que, pese a las

¹ El título de la conversación es de los editores, al igual que algunas apostillas para ampliar el contexto del debate. Se han agregado puntualmente entre paréntesis referencias biográficas mínimas cada vez que se introduce en la conversación un nombre propio. Al final de la conversación se presenta una bibliografía mínima de los textos señalados o aludidos en los intercambios. Para el contexto del seminario en que se dio la conversación, véase la introducción de Sergio Villalobos-Ruminott a las Conferencias de Ernesto Laclau en Chile, 1997 (2002).

² No necesariamente desde la obra de Jacques Lacan, sino influido por los trabajos de Joan Copjec.

distancias, aún permanece en vilo. La articulación política laclausiana busca establecer formas de representación donde las “posiciones de sujeto” se traduzcan mediante “significados equivalenciales” -*locus* de identificación colectiva- que dinamicen “prácticas articulatorias” hacia un “nosotros temporal” (*populus*) para impugnar el polo institucional y erosionar las relaciones de poder. La política es una necesidad de *literalidad*, ello no es sino, una “fijación temporal del sentido”.

El ciclo de gobiernos nacional-populistas, “progresistas”, o “post-neoliberales”, que conoció América Latina desde 1998 bajo la vía Bolivariana (año de la elección de Hugo Chávez) hasta el 2016, (*Impeachment* en Brasil a Dilma Rousseff, 2016), resulta imposible de comprender (y discutir) sin apelar al modelo de “articulación populista” de Ernesto Laclau, como así mismo, visitar la vitalidad política de la teoría hegemónica luego del ascenso de nuevas derechas en Sudamérica. Adicionalmente, cabe subrayar la influencia de la teoría hegemónica en la generación chilena del 2011 –“movimiento estudiantil”- que, posteriormente, tuvo como colofón el “Frente Amplio chileno” que, amén de su actual deriva administrativa, fue capaz de capitalizar la crisis de representación del sistema de partidos de la transición chilena (1990). Anteriormente, el movimiento *PODEMOS* en España, había abrazado el “pluralismo agonístico” de Chantal Mouffe. La teórica belga se constituyó en una figura curatorial dentro del conglomerado de Pablo Iglesias (entre “los de abajo” frente a “los de arriba”, o bien, un “nosotros” popular y “ellos”, las castas). En el último lustro la proliferación de “liderazgos coléricos” en América Latina (Caso de Jair Bolsonaro en Brasil y el “autoritarismo libertario” de Javier Milei en la Argentina), han abierto nuevas preguntas respecto al estatuto de la “articulación populista”.

Narradas las implicancias conceptuales más contiguas, y los sucesos políticos de mayor incidencia coyuntural, los hitos de circulación-recepción de la teoría hegemónica en Chile, en el último cuarto del siglo XX, y la segunda década del siglo XXI, siguen siendo objeto de interés y debate en el campo intelectual chileno. A modo de genealogía, tal recepción coincide con el fin de la dictadura militar (1989) y el ciclo de gobiernos encabezados por la Concertación de Partidos por la Democracia (1990-2010), periodo caracterizado en las ciencias sociales y el pensamiento crítico bajo los términos de “transición a la democracia” “gatopardismo” y “postdictadura”. Junto a la lectura y discusión de la teoría postmarxista, las visitas de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe a Santiago de Chile comenzaron a ser frecuentes ya desde los últimos años de la dictadura. En universidades privadas afiliadas a un “ethos crítico” y centros de pensamiento asociados a partidos políticos de izquierda,

comenzó a ser habitual encontrarse con seminarios y conferencias protagonizadas por Laclau y Mouffe. De allí surgió un primer estímulo para cuestionar la vocación de consensos -realismo- y los pactos de gobernabilidad, develando los vicios de la modernización chilena (índices y economización de la política), como así mismo, la necesidad apremiante de iniciar un proceso de “despinochetización” institucional. Bajo tal clima, de transición pactada, fue la Universidad de Artes y Ciencias Sociales (ARCIS) donde Laclau inicialmente presentó y discutió con detenimiento sus posiciones teóricas. Lejos de un tiempo homogéneo corresponde iluminar “el ahora y el antes” de tales intervenciones, en un clima donde la izquierda no es capaz de reorganizar el pesimismo. Determinante en estas estadías -hito de inscripción del diálogo que aquí se publica- fue el Diplomado de Crítica Cultural dirigido por Nelly Richard el año 1997. Posteriormente, una década más tarde (2007)⁵, tuvo lugar una nueva visita a la misma casa de estudios en el marco de un seminario que, nuevamente, impulsó generosamente Nelly Richard. Esto último nos permitió apostillar algunas de las intervenciones formuladas en 1997, que ahora son consignadas en este número de *Perspectivas de la Comunicación*.

Las conversaciones que aquí difundimos se ubican en un seminario de una semana realizado en la misma Universidad antes consignada. Las transcripciones fueron editadas y fragmentadas a propósito de distintas actividades en torno al seminario central. Cabe subrayar que el material que aquí se presenta por primera vez (2024) proviene esencialmente de las conferencias de 1997. Allí los diálogos se movieron en una dirección conceptual, analítica y epistémica, amén de sus implicancias políticas. Los sucesos de aquel año estuvieron marcados por la apretada agenda de Laclau en Chile, la extenuante contemporaneidad político-conceptual de la llamada “Escuela de Essex” (análisis político del discurso), donde el modelo laclausiano remecía los mitos y las últimas rebeldías de la izquierda chilena desde la “artillería deconstructivista”. Y todo sin ceder a la socialdemocracia chilena, cuyo “consensualismo enfermizo” -déficit de antagonismo- la hizo parte del pacto transicional con la Dictadura encabezada por Augusto Pinochet (1973-1989). No podemos soslayar que la post-dictadura tuvo su momento fundacional -estructuración simbólicas- con el realismo del ex Presidente Patricio Aylwin (1990-1994) centrado en un pacto programático entre “*civiles y militares*”, parafraseando el discurso del ex mandatario el 12 de marzo de 1990 en el Estadio Nacional. Como testigo de época Tomás Moulian (1997) desde *Chile Actual, Anatomía de un mito* (ARCIS-LOM), sentenciaba con el término “gatopardismo” la experiencia de una derrota para la izquierda chilena. Una temporalidad

trágica marcada por la fuerza irrefrenable de la modernización neoliberal y el consenso post-político.

Por fin, los diversos formatos de conversación fueron complementados, diferidos, fragmentados o quedaron abiertos fuera de los “muros universitarios”. En algunos casos, dieron lugar a entrevistas personales, secciones de intercambios, y una conferencia seminal dictada una década más tarde (Santiago, 2007). En el contexto de recepción Sergio Villalobos-Ruminott -recopiló otros materiales- e hizo una publicación con el título, *Hegemonía y antagonismo: el imposible fin de lo político (Conferencias de Ernesto Laclau en Chile, 1997)*. En esa semana de actividades maratónicas, Laclau participó en distintos espacios de discusión al interior de la universidad con el fin de abrir debates extenuantes, defender la solvencia política de sus categorías. Los diálogos y materiales -este es nuestro caso- no vieron la luz hasta la actual edición. Fue así como el teórico del *post-marxismo* asistió a las sesiones del Programa de Teorías Críticas que, en ese momento dirigía Mauro Salazar y Tomás Moulian, a la vez que aceptó generosamente conceder entrevistas o mantener diálogos al final de cada sesión del seminario que dictaba por las tardes, seminario integrado en su mayoría por miembros de la comunidad académica de la universidad y la concurrencia de académicos (as) de otras Universidades Chilenas. En un clima de intercambios, no siempre publicados, donde predominaba una tensión crítica en el diálogo, pues la teoría postmarxista era objeto de un cuestionamiento vivaz a la luz de los propios procesos que definían la postdictadura, tuvo lugar la entrevista que presentamos. Dentro de una vasta comunidad de preocupaciones, Laclau suscribió una teoría del discurso que diluía las fronteras foucaultianas³ (1969) entre campo discursivo y realidad extralingüística, e impugnaba el “frenesí habermasiano” del progresismo chileno hacia el modelo deliberativo-consensual centrado en la “teoría de la acción comunicativa” o autores como Daniel Bell que rechazan la dimensión constitutiva del antagonismo⁴. Por fin, nos remecía, cabe admitirlo, el carácter constitutivo -no literal- de toda formación social y la imposibilidad de un orden

³ Laclau rechaza la distinción foucaultiana entre prácticas discursivas y prácticas no discursivas, por cuanto toda práctica material es productora de sentido y la objetualidad se sitúa al interior de un marco de significación.

⁴ En Chile el progresismo transicional (años 90') estaba impregnado por “teorías deliberativas” y una especie de “república centro-centro” (“escuela habermasiana”) donde no se podía transgredir la “governabilidad transicional” invocando “antagonismos”. La Recepción de Jurguen Habermas en Chile tuvo una fuerte influencia en el mapa académico de la post-transición.

suturado desde un fundamento último (Lefort, 1990). De ahí también cierta insistencia en una disputa en torno a Marx y el marxismo, disputa que en la década de los noventa Laclau y Mouffe habían llevado adelante a través de la palabra-emblema “postmarxismo”, palabra que luego, en las décadas siguientes, cederá su lugar a identificaciones más propiamente políticas como son la “teoría de la hegemonía” o el “populismo”⁵.

En vistas de estos desplazamientos semántico-políticos (1997), desplazamientos que marcan escansiones en la propia autoidentificación del trabajo identificado inicialmente con *Hegemonía y estrategia socialista* (1987), quizás sea necesario volver una vez más a revisar la producción teórica de Laclau y Mouffe. Volver a través de esa tensión que se figuró en la teatralidad de una conversación en donde la enseñanza del teórico político argentino entró en relación con preocupaciones político-filosóficas determinadas por la escena de la post-dictadura.

Por último, hemos incluido algunas apostillas de actualización centradas en las respuestas de Laclau, bibliografía reciente, y citas de contextualización -aclaración- en función de mejorar la actualidad de la entrevista de 1997 y mostrar su vigencia epocal. Más allá de algunos diálogos informales con Ernesto Laclau (caso de Mauro Salazar, 2007 y 2011) ello se explica por las relaciones entre democracia y populismos de diverso signo ideológico. Aquí es necesario consignar las críticas de Emilio de Ípola sobre los dos registros del populismo (el líder y la construcción identitaria), como así mismo, sus observaciones sobre la limitada operatividad política de la multitud (Toni Negri). Asimismo, más más allá de la “inclinación post-marxista” por la *indecibilidad* derridiana, los problemas de una política afirmativa en la deconstrucción, concebida en su raíz heideggeriana como la destrucción de la historia de la ontología o “indecibilidad de lo social”, forman parte de algunos intercambios posteriores al hito de 1997. Cabe consignar que luego de 10 años (2007), Laclau se había convertido en una “figura irrebasable” -militante del Kirchnerismo- para analizar la oleada nacional-popular que experimentó América Latina (gobiernos de Néstor Kirchner, Hugo Chávez, Evo Morales y luego Rafael Correa). Ya ese año (2007) gozaba de una amplia reputación en el

⁵ Existe un desplazamiento en el modelo laclausiano que va desde la pluralidad de luchas democráticas a la prevalencia del líder. Lo central es el momento de la estabilidad de la articulación. En suma, el tránsito que va del populismo como régimen y el populismo como construcción de una identidad popular.

mundo anglosajón y a la sazón participaba de los debates más incidentales del mundo europeo junto a Judith Butler, Jacques Rancière y Slavoj Žižek (entre otros autores). De ahí la atención conceptual que caracteriza los intercambios, la preocupación por cuestionamientos de orden epistemológico, la necesidad de abrir e identificar un espacio singular de intervención práctica en un ambiente político-filosófico caracterizado por el predominio de la deconstrucción, el pragmatismo, el postestructuralismo, el feminismo.

Finalmente, en el orden de la pertinencia de estos diálogos, cabe recordar que la revista *Debates y Combates* (2008)⁶, se complementa con un “ciclo de conferencias” de alta incidencia político-medial en la Argentina, ello marcó un hito, a saber, “Diálogos con Laclau” (Canal Encuentro, 2011), donde se sucedieron polémicas con Chantal Mouffe, Stuart Hall, Doreen Massey, Antonio Negri, Gianni Vattimo y Jacques Rancière. Ello a poco andar estableció las bases para una renovada versión de la “articulación populista” que, en los años 70’, había sido abordada desde una matriz althusseriana y regional sobre los populismos históricos (Perón, Cárdenas, Vargas) en un artículo que lleva por título “Hacia una teoría del populismo, 1978”. Versión que el teórico argentino radicalizaba en su célebre libro *La Razón Populista* (2005), aportando una “hermenéutica política” para descifrar e interrogar los llamados gobiernos nacional-populares (de “marea rosa”) en Argentina, Ecuador, Bolivia, Venezuela y tibiamente el caso chileno -una experiencia *sui generis*- que sólo en virtud de la *gratuidad educacional* -movimiento estudiantil 2011- puede ser mencionado⁷.

1. Hegemonías del conocimiento. Laclau, diálogos bajo la post-dictadura chilena.

Pregunta: Ernesto, quisiera preguntar un par de cosas respecto a *Hegemonía y Estrategia* (Laclau, 1987). Me parece que el mapa que se instala en las primeras páginas declara el fin de la epistemología normativa. Eso me parece problemático porque en los programas de investigación científica (Lakatos, 1978), se trata la reconstrucción y sobre todo la idea de

⁶ Durante la primera década de los años 2000’, Laclau discute con varios autores contemporáneos. El teórico político desarrolla una crítica radical sobre el déficit de la articulación política en el trabajo de Toni Negri, a saber, las multitudes serían una especie de contenido o sustancia del cambio sin mediaciones.

⁷ La primera y última aproximación al populismo latinoamericano es un compromiso con el marxismo desde el principio clasista de articulación althusseriana que data del año 1977.

metodología, es decir, cómo la metodología termina siendo un tipo de criterio normativo para hacer ciertas reconstrucciones racionales. En primera instancia, esto me parece problemático en relación con otro pensador fundamental que usted también cita, me refiero a Jacques Derrida. A mí me parece que en su texto se desarrolla una muy buena reconstrucción de la historia del marxismo, en donde está problematizado el tema de la “lógica de la necesidad” histórica versus la “lógica de la contingencia”, pero respecto de este autor, no me queda claro en qué medida hay una deconstrucción. No me queda claro en qué medida hay una deconstrucción, considerando que, en una entrevista al filósofo francés (Derrida, 1997), se declara cierta "impotencia" de la deconstrucción, es decir, la radicalidad de la deconstrucción no se corresponde con los proyectos políticos contemporáneos. Esa es la primera parte de mi pregunta. La otra pregunta es más breve. Sería pertinente, que usted pudiera hacer alguna distinción entre su pensamiento y el pragmatismo liberal de Richard Rorty (1931-2007), esto es, cómo en ambos es distinta la problematización del tema de la contingencia.

Ernesto Laclau: Comencemos por el último punto. Yo he escrito dos artículos en torno al pensamiento de Richard Rorty, uno que está en el último ensayo de un libro titulado en español *Emancipación y Diferencia* (Laclau, 1996), se abre una discusión sobre la utopía liberal. Aparte de eso, tuvimos una mesa redonda en París, hace unos años, Jacques Derrida, Richard Rorty, Simon Critchley, Chantal Mouffe y yo, sobre la relación entre *Deconstrucción y Pragmatismo* (Mouffe, 1998)⁸. En mi intervención, organizada por Chantal, hice una serie de observaciones acerca de los aspectos más epistemológicos de Richard Rorty y él contesta mis críticas en ese mismo volumen. Llegamos a lo siguiente, estoy de acuerdo con Rorty⁹ acerca de numerosos aspectos de su planteamiento, por ejemplo, el pragmatismo tal como lo plantea él, es algo que tiene enormes cercanías con el pensamiento de Heidegger o con el pensamiento de Derrida. De otro lado, él piensa que sobre esa base puede fundar una política de la post-utopía, es decir, que sobre esa base se puede abandonar radicalmente la utopía y negar el papel de la utopía en la política. Ahora, yo creo que él ahí se equivoca, porque el

⁸ En el último decenio la mutación categorial de Chantal Mouffe va del *antagonismo al agonismo* adversarial, y muchas veces en una clave liberal, antes de su influencia en el Podemos español.

⁹ Para el teórico Richard Rorty, las verdades humanas son el resultado de “juegos de lenguajes”, siempre inestables. La realidad se constituye *performativamente* (pragmáticamente) y trasciende cualquier “racionalidad argumental” o “pensamiento ilustrado” para fundar una teoría política.

hecho de que ya no se pueda pensar en términos de la revolución o de los grandes eventos globales y totalizantes, no significa que uno tenga una pluralidad de luchas concretas que transformen la política en administración. Yo creo que Richard Rorty ha dado una versión del pragmatismo que, definitivamente, no se adapta a ciertas corrientes pragmáticas, está muy ligado a la tradición instrumentalista de John Dewey (1859–1952), pero incluso los otros pragmatistas norteamericanos piensan que ha forzado un poco el pensamiento de Dewey, para adoptarlo a este proceso de cambio gradual, lento. Entonces, una primera cosa, un primer punto en el cual yo me diferenciaría de la pragmática (Rorty, 1989) respecto a su visión de la política. Es decir, para él la política es, en términos de lo que yo estaba planteando, simplemente diferencia, institucionalización. Él ve el progreso social como la reducción de las demandas a problemas puramente particularizados y un buen Estado, un Estado que funcione bien, que para él son las democracias de tipo occidental, es un Estado en el cual va a haber una respuesta para cada una de estas demandas. El “momento político”, se debe a una ontología del antagonismo¹⁰, que desaparece completamente de su visión, por razones que he explicado, pero que además están en los libros que usted ha leído. Para mí este no es el caso, hay siempre una tensión entre equivalencia y diferencia que es la base de la autonomización del momento político. Digamos que el momento de la política para mí no puede ser reducido en estos términos, porque prima sobre lo social. Después, Rorty tiene una actitud de abandono total de la filosofía, incluso se niega a intervenir en discusiones filosóficas porque dice que ha abandonado el campo de la filosofía, como un campo completamente inútil, y eso no es verdad en los hechos, porque él hace filosofía en una variedad de aspectos. Entonces, ahí existe una especie de tendencia a lo que él llama la banalización del lenguaje intelectual, para adaptarlo a este tipo de empresa. También con este punto yo estoy en desacuerdo, creo que los discursos teóricos tienen una función social importante que cumplir, mientras que para él son discursos que tienen que ser, que están perimidos, y que tienen que ser abandonados en una cantidad de aspectos.

Pero, respecto al discurso epistemológico, cuando digo que las “epistemologías normativas” han desaparecido es, simplemente, porque el discurso epistemológico era un discurso que partía de una oposición tajante entre el sujeto y el objeto, y el problema era cómo conectar

¹⁰ El antagonismo instituye el orden y en tal proceso -instituir-, también se construyen las identidades políticas. En suma, los sujetos son, en estricto rigor, posteriores al *antagonismo*.

al sujeto con el objeto. Toda epistemología moderna, empezando por Descartes, da un peso decisivo al discurso epistemológico, porque para ellos el punto de partida es el sujeto trascendental y cómo el sujeto trascendental se une en una relación cognitiva con el mundo. Lo que ha ocurrido, desde ese momento, es que la idea de un “sujeto puro de conocimiento” ha sido abandonada en casi todos los discursos filosóficos actuales. Entonces, en la medida en que el sujeto es constituido discursivamente y que el objeto también es discursivo, construido discursivamente, el problema epistemológico, que era el problema de la relación entre dos entidades separadas, no se plantea más dentro de los discursos contemporáneos, por ejemplo, usted hizo referencia a un momento que es el momento de Lakatos. El discurso de Lakatos está en relación con el discurso de Thomas Kuhn (1991), con toda la teoría de los paradigmas que plantea en una forma más radical la deconstrucción de la epistemología clásica, y cuando uno llega al anarquismo epistemológico de Paul Feyerabend (1986), esta línea de pensamiento llega a sus últimos extremos. Por ejemplo, en el positivismo lógico con el principio del verificacionismo estamos todavía dentro de un discurso estrictamente epistemológico. Ya con el *liberalismo epistemológico* de (Popper, 1985) con el principio de no sé cómo se habrá traducido al español- *falsacionismo*, *falsability* en inglés, hay una retracción respecto a la posibilidad de una verificación. Lakatos representó un avance más en esta dirección. Para mí el final del discurso epistemológico está ligado estrictamente al final del sujeto trascendental en el sentido de la filosofía moderna.

Respecto a la cuestión de Jacques Derrida. Para mí, lo más importante de la deconstrucción es que introduce la noción de *indecidibilidad*, más allá de la *différence*. Sin embargo, una vez que uno encuentra el campo de los “indecidibles”, lo que importa es por qué una *decisión* más que otra tiene lugar. Es decir, lo que se abre en la deconstrucción es el terreno para una radicalización del momento de la decisión y si acaso tal momento, es una decisión que no está algorítmicamente determinada, porque el paradigma racionalista está siendo abandonado. En ese caso el momento de la decisión es constructivismo; y una decisión que es constitutiva y que no puede referirse a ningún tribunal exterior a la decisión misma para su emergencia, es una decisión hegemónica. Por ejemplo, cuando Derrida afirma que la “fenomenología trascendental” de Edmund Husserl crea una situación de *indecidibilidad* respecto a la relación entre sentido y conocimiento, pero aquí Husserl toma una decisión ético-teórica y esta decisión ético-teórica es una nueva subordinación del sentido al conocimiento de una manera que, sin embargo, no está requerida por la lógica interna de

ambos¹¹. Quizá Husserl fue el último pensador comprometido en establecer los gravámenes últimos de la realidad y, a su vez, el primero en socavarlos mediante las sedimentaciones. Pues bien, activo las puertas a la experiencia de la contingencia radical y la ausencia de fundamento último. Entonces, la deconstrucción contribuye a un pensamiento político básicamente en dos direcciones. En primer lugar, la medida en que la profundización del movimiento *indecidible* a estratos más profundos de lo real abre el camino para lo que pueden ser las reconstrucciones de tipo político hegemónico y, en segundo lugar, lo que la deconstrucción está creando es la posibilidad de un cálculo estratégico más complejo. Como he sostenido en mi libro *Nuevas Reflexiones* (Laclau, 1993) si tenemos *estructuras indecidibles*, esta misma *indecidibilidad* estructural diluye la ilusión de objetividad o positividad de los hechos sociales y crea la base para formas de articulación que no estarían dadas si nosotros no tuviéramos una estructura ya dada en forma fija desde el comienzo, además sujeto sea es el espacio que permite y condiciona, al sujeto en la brecha entre *indecidibilidad y decisión*. En buenas cuentas la hegemonía puede ser entendida como una “teoría de la decisión” que se toma en un campo indecible

Pregunta: Entonces, lo que entiendo es que ese movimiento debilita o quita un fundamento sustantivo a la reconstrucción. Hay, entonces, algo de gratuidad en la reconstrucción uno podría llegar por esa vía a la conclusión de que cualquier reconstrucción es posible, ¿qué limita la gratuidad de las reconstrucciones posibles una vez que se pierde la sustancialidad?

Ernesto Laclau: En primer lugar, lo que limita cualquier reconstrucción es un contexto histórico, porque no somos habitantes de Marte. Es decir, si planteamos algo que sea previo a toda historia posible, naturalmente cualquier cosa es posible: una deducción lógica tiene la forma “dado A luego B”, dado nada, nada se sigue. Lo que se abandona es la idea de que este tipo de posibilidades puede ser intelectualmente aprehendido por una lógica de la historia que domina la totalidad de sus estadios. Esta necesidad siempre es una necesidad conceptual y, por consiguiente, hay más de una salida posible en estas condiciones, y eso no solamente se aplica hoy día a la historia, sino a otras disciplinas. Desde los años treinta del siglo XX la lógica de Kurt Gödel había mostrado la existencia de *indecidibles* en las

¹¹ Laclau se sirve de las ideas de Edmund Husserl para sostener que la política es el “acto de institución” que reactiva lo social y muestra las huellas de su “contingencia”.

estructuras formalizadas. Es decir, una reconstrucción mantiene, por un lado, un elemento de centralidad respecto a las categorías clásicas, por el otro lado, no trata de ligar esta centralidad a algo exterior al contexto en el cual ella se constituye. Esa sería la base de la argumentación. En realidad, la deconstrucción no abandona ninguna categoría filosófica clásica, un buen deconstruccionista no es alguien que dice este concepto está perimido y tenemos que dejarlo de lado, lo que pasa es que empieza a implementar juegos estratégicos más complejos con esos mismos conceptos¹².

Pregunta: Hay en la lógica política de la hegemonía una tensión, además de la no clausura. Esta palabra tensión, estrictamente la tensión que se produce entre *equivalencia y diferencia*; puesto que la equivalencia no puede ser infinita y la diferencia siempre es una diferencia con el poder, si esto es así; ahora en términos estrictamente analíticos, el punto estriba precisamente en el momento en que una hegemonía se constituye como hegemonía. Es decir, en el momento en que es capaz de articular diferencias, pero, a la vez, también no cerrarse, no clausurarse; en ese momento hay un papel fundamental que es el papel del discurso, como la puesta en trazos de esas prácticas sociales. En ese momento, ahí precisamente, hay una duda, este papel que tiene el discurso, que es el papel de ser precisamente el lugar donde se articula, cómo evitar que este papel se vuelva al rol de la vieja teoría de la traducción, esto es, esta hegemonía es tal porque logra traducir efectivamente todas las otras demandas sociales en términos de equivalencia y mantenerlas entonces en tensión. Cómo evitar ahí que se cuelgue un criterio comunicativo en el sentido más clásico.

Ernesto Laclau: ¿Cuál sería un criterio comunicativo?

Pregunta: Qué el pensar estrictamente que aquella hegemonía se construye a partir de que en ella existe la posibilidad de una traducibilidad de todas las equivalencias.

Ernesto Laclau: ¿Qué significa traducibilidad en este contexto?

¹² Laclau se inspira en Derrida para referirse al exterior constitutivo o a una exterioridad constituyente, y en Lacan para concebir el límite de la objetividad como “Lo Real”, es decir, como aquello que es imposible de ser significado y, en ese sentido, como aquello que se resiste a ser controlado.

Pregunta: Que en ese discurso es posible que se representen todos los discursos.

Ernesto Laclau: No creo que eso sea posible, entre otras cosas, porque la base de esa tensión entre equivalencia y diferencia es el principio de exclusión. Si fuera posible tener un metadiscurso, incluso de carácter político en el cual todo discurso fuera fielmente representado, en ese caso no tendríamos política y no tendríamos hegemonía tampoco, pues toda hegemonía se funda en una exclusión y, en ese sentido, en una imposibilidad última de la clausura a causa de un solo discurso político que puede devenir totalitario. Por ejemplo, la extensión del campo de las equivalencias es una tensión, que no puede ser infinita. Es decir, toda equivalencia de discursos heterogéneos por definición tiene que mantener de alguna manera desdibujado, subordinado, entonces el momento de la particularidad o agente que asume un rol político, y esa particularidad pone límites a la forma en que este proceso de expansión opera. Además, “lo político” irrumpe como el espacio instituyente donde los proyectos divergentes se encuentran en una permanente disputa por instaurar el orden social, pero sin la posibilidad de alcanzar un principio subyacente. Bueno, eso es la hegemonía¹³.

Pregunta: Perfecto, porque usted podría estar de acuerdo con esto, en términos teóricos, efectivamente cuando se constituye una hegemonía, después hay toda una relación hegemónica que articula equivalencia y mantiene la diferencia, cuando una particularidad queda puesta en el plano de ser la particularidad a la cual se dice que es hegemónica, esta particularidad no se vive como particularidad, sino que se concibe a sí misma como la totalidad, como un actor que “porta las llaves de la transformación social”. Lo digo de manera muy democrática, si usted piensa por ejemplo en términos de la configuración de hegemonía, si es posible en la constitución de equivalencias en los problemas que tienen los chicanos, los negros, los homosexuales, etc. Sin embargo, una de estas particularidades se constituye como un rol hegemónico, entonces cómo evitar que esta particularidad no viva ese rol hegemónico desde “prácticas totalizantes”.

¹³ Ha sido el teórico político Benjamin Arditi el intelectual más penetrante para emplazar la hegemonía como la forma universal de la política. Para Arditi las articulaciones de tipo hegemónicas podrán ser contingentes, pero la forma hegemónica termina siendo necesaria. Con ello la hegemonía es algo que atañe al ser de la política.

Ernesto Laclau: Lo que ocurre es que toda hegemonía en ese punto es el lugar de una tensión. ¿Por qué es un arma de doble filo la hegemonía? Si usted tiene por ejemplo *trabajadores* para hacer la particularidad que asume la representación de la totalidad. Por un lado, *trabajadores* está referido a la particularidad originaria, los trabajadores. Pero, por otro lado, las luchas de las mujeres, las luchas de cualquier otro grupo oprimido van a ser también equivalencialmente unidas al símbolo global que son los trabajadores. Entonces, por un lado, el hecho de que se expanda esa cadena de equivalencias consolida la hegemonía de los trabajadores. Por otro lado, por el hecho de que todas estas demandas se expresan a través de este significante, trabajadores, la conexión entre significante trabajadores y la lucha originaria también tiende un poco a perderse, o sea que la hegemonía se mueve siempre en esos dos niveles y por eso no puede haber cierre. Si se pudiera mantener totalmente la particularidad como no afectada y, al mismo tiempo, esta particularidad pudiera ejercer la función totalizante, entonces tendríamos una hegemonía infinita. Hay alguna gente a la que le gustaría, pero justamente es lo que no puede ocurrir.

Pregunta: Pienso en esta articulación entre equivalencia y diferencia, pero pienso en Marx, donde justamente lo que aparece es la demostración de una doble equivalencia. Es decir, una equivalencia en el mercado donde aparece la fisura al interior de la equivalencia. Pero, digamos que está al interior de esta propia articulación, incluso me da la impresión de que pensar la política desde el otro lugar, o sea como ese lugar afuera, excluido, no sería solamente una refuncionalización de la hegemonía, sino también la aparición de algo que permite que la hegemonía vuelva a articularse.

Ernesto Laclau: Diría lo siguiente. En primer lugar, no creo que exista una teoría de la hegemonía, al margen de un solo trabajo donde se abordan los procesos de “acción colectiva” (Marx, 2004), y el pensador de Tréveris se aparta del economicismo. Más bien su análisis trataba justamente de obviar el momento de la articulación hegemónica porque él pensaba que el momento de universalidad de lo social se iba a dar a través de una homogeneización creciente de la sociedad, a través de la simplificación de la estructura de clases bajo el capitalismo, la desaparición del campesinado y las clases medias, la existencia de una masa proletaria única que iba a transformar la lucha de clases en su forma última *y* simplificada, en una lucha simple entre la burguesía *y* el proletariado. O sea que ahí no había que hegemonizar *y* articular diferencias de ningún tipo, al contrario, un discurso altamente homogenizador. La lógica hegemónica aparece en el momento en que se ve que la sociedad no avanza en esa dirección, sino que, al contrario, la sociedad es cada vez más fragmentada,

más dominada por particularismos y ese es el momento en que Gramsci (1929-1935), llega a la conclusión de que la universalidad de lo social no va a estar dada espontáneamente por nada que ocurra a nivel de la infraestructura, sino que va a requerir una construcción política y, en ese momento, dicha construcción política va a ser una construcción de carácter hegemónico (Gramsci, 1999). Pero justamente para afirmar eso tiene que romper con la lógica marxista del desarrollo histórico, *y* romper en los hechos más de lo que él se daba cuenta que estaba haciendo. Hay hegemonías siempre que existe esa situación de falla estructural, por la cual un elemento pasa a tener esa función de representación imaginaria al que usted aludía.

Ahora bien, el momento de contingencia significa que un ser que debería ser necesario no lo es; por ejemplo, el hombre está hecho a imagen *y* semejanza de Dios, pero la imagen de la cual el hombre está hecho no tiene acceso en la plenitud del ser. Es decir, que de alguna manera hay una falla originaria que está dada por el hecho de que es un *ens creatum*. En ese sentido, la noción de *facticidad* de Martin Heidegger, del ser arrojado, es algo que tiene similitudes con esto y que no puede simplemente asimilarse a la noción de empiricidad. Me parece que es absolutamente central esta dimensión de contingencia para entender todo este tipo de argumentación. Ahora, un ser que es absolutamente contingente, en última instancia contingente, no quiere decir que tenga que vivir solamente esa última instancia. Es decir, trata de crear precariamente estructuras, de entre las cuales una cierta necesidad se constituye. Me acuerdo, por ejemplo, de una distinción que hizo Husserl entre *reactivación y sedimentación*. La sociedad es, en buena medida, una serie de mecanismos que la gente no pone en cuestión, que son mecanismos sedimentados, pero esos mecanismos no parecen sedimentados por ninguna necesidad externa al proceso mismo de su creación, es el precipitado histórico de una serie de procesos y luchas. O sea, contingencia radical significaría que en última instancia ninguna necesidad históricamente existente tiene en sí misma la garantía de super durabilidad o de la transformación a partir sólo de sí misma en algo diferente. Entonces, lo social se divide en todo momento entre aquello que es necesario y contingente, la relación entre lo necesario y lo vivido como contingente se desplaza todo el tiempo, pero el problema radica en que ya no respondemos a una necesidad en el sentido de una determinación última, ni a la unidad de una experiencia. Ahora, el marxismo tiene dos dimensiones. Por un lado, el marxismo es una teoría objetivista de la historia, desarrollada como crítica de la *economía política* (Marx, 1970), donde se presenta toda la historia unificada por la contradicción entre fuerzas y relaciones de producción, mientras que la lucha de clases no aparece para nada. Por otro lado, en los textos históricos el momento del

antagonismo, que están profundamente anclados en la noción de contingencia, aparece visible; y entre estas dos concepciones de la historia no hay ningún punto de articulación lógica, las dos coexisten permanentemente en los términos marxistas. En ese sentido, ¿qué es postmarxismo? Es llevar adelante una cierta dirección de la crisis del marxismo. Tal crisis empezó en 1848, es decir, en el mismo momento que se constituyó como discurso mediante dos lógicas incompatibles. Entonces, todo el momento de la segunda internacional fue para afirmar la dimensión objetivista a expensas de la dimensión antagónica. Por ejemplo, cuando Karl Kaustsky (1854-1913) en el marco de la segunda internacional decía, “nosotros no vamos a preparar la revolución, sino que vamos a prepararnos para la revolución”, aprovechamos de ella, porque es un devenir inexorable. Pero primero tenemos las tesis de la función del mito articulante (Sorel, 1978) en la *Huelga General* que es una instancia esencial¹⁴, y el gramscismo después, la unidad de estos dos discursos se rompe y se mueve en la otra dirección donde la lógica hegemónica está presentada en los términos de Gramsci (1999), que privilegia el momento político respecto a las leyes de la infraestructura ya que toda la teoría del desarrollo desigual y combinado, por lo demás, había demostrado que no podía funcionar, Y, ¿tiene sentido llamarnos postmarxistas, tiene un cierto sentido? De pronto, dentro de 50 años, la historia habrá evolucionado de una manera tal que este tipo de referencia ya no tendrá sentido, porque la gente piensa en términos de otras categorías; para mí todavía tiene sentido operar deconstructivamente dentro de las categorías marxistas, y esto sería exactamente el postmarxismo, llevar una serie de categorías a un punto de quiebre respecto a la lógica articuladora presente en los textos de Marx, pero otra gente llega a conclusiones políticas similares sin pasar por la mediación marxista. Esta es buena parte del resultado de mi historia personal. Hay un punto que tiene que ser muy destacado, que en algunos artículos hemos señalado, y es que yo veo al momento marxista como parte de la tradición socialista y la tradición socialista como parte de la revolución que se ha descrito como un “lugar vacío” (Lefort, 1990). Es decir, que la *revolución democrática* es un proceso expansivo que comenzó con la Revolución Francesa, en la cual el principio de la igualdad estaba exclusivamente reducido a la esfera pública de la ciudadanía; con los discursos

¹⁴ Para Laclau la diferencia entre Sorel y Benjamin puede reducirse al siguiente punto, mientras que para Benjamin la eliminación de la violencia legal y estatal es un acontecimiento que cierra un ciclo histórico y abre uno nuevo, para Sorel es una dimensión constitutiva de toda experiencia política -es por ello que una política de pura mediación puede formularse más en términos sorelianos que benjaminianos.

socialistas, de los cuales el marxista fue uno de los más importantes en términos de sus efectos históricos.

Pregunta: Me interesa poner en relación la determinación, cómo interviene la relación determinación, sociedad, indeterminabilidad. Porque a Louis Althusser, con la formulación de la reforma del leninismo, es decir con esa lectura de interpretación de la figuración de la contradicción hegeliana por Marx, puede establecer una serie de cortes, de divisiones en la obra de Marx, interviene dentro de la obra de Marx estableciendo un límite, un corte, eliminando el humanismo, por ejemplo, y concentrarse exclusivamente en el esquema sistémico. Entonces, un poco la pregunta iba en ese sentido, ¿y en qué momento de la obra de Marx queda en pie y es operativo y en qué lugares debe ser desechado?

Ernesto Laclau: Creo que el marxismo francés, en el caso de Althusser, fue también un fenómeno profundamente ambiguo. Lo que rescato de su obra es la noción de *sobredeterminación*, la idea de que toda contradicción es sobredeterminada. Cuando uno estaba tratando de entender el Peronismo en los años sesenta en Argentina, venía como una especie de iluminación, porque un análisis clásico, en términos de lucha de clases, simplemente no funcionaba. Ahora qué significa la *sobredeterminación*¹⁵. Está muy cerca de una teoría de la hegemonía, porque lo que significa es que una cierta imagen, un cierto símbolo concreto, de alguna manera se transforma en el punto de condensación de otras series de luchas parciales. Si uno dice, por ejemplo, hoy día en estos momentos, pan, paz y tierra, en la revolución rusa eso pan, paz y tierra, condensa, en cambio, una serie de otras luchas parciales que, por lo tanto, suelen estar en una relación de equivalencia respecto de un símbolo que las unifica hegemónicamente y esa línea estaba, de alguna manera, prefigurada en el primer libro de Louis Althusser, *Pour Marx* (1965). Después él sigue avanzando hacia una visión cada vez más estructuralista, y cuando llegamos a *Para leer el Capital*, ya no estoy de acuerdo para nada con su tipo de argumentación. Es un estructuralismo objetivista, en el cual el momento de antagonismo aparece completamente

¹⁵ El programa estructuralista del filósofo (marxista) francés Louis Althusser complejiza -años 60'- creativamente el campo de las instituciones, los juegos de la ideología, constitutivo de la realidad social, y la necesidad de que toda contradicción sometida a una multicausalidad no unitaria de sucesivas contradicciones.

a un lado o introducido retóricamente (Althusser, 1969). Todo ello se agudiza la dislocación “amenaza” las identidades y los discursos como una negatividad constitutiva¹⁶.

Recuerdo que me preguntaban viejas discusiones sobre hegemonía en la Universidad de Quebec sobre los planos del discurso y en la segunda mitad de los años setenta en París en que cada vez más intervenía en la argumentación la lucha de clases, yo le decía, Nicos (Poulantzas, 1979) esa lucha de clases va en contra de todo este tipo de estructuralismo fuerte que predomina en la obra althusseriana, y él lo iba reconociendo cada vez más y su último libro fue un reconocimiento casi completo de ese tipo de argumentación. De otro lado, no estoy de acuerdo con ciertos aspectos de la interpretación textual de Marx hecha por Althusser. Por ejemplo, no creo que sea un corte exactamente lo que define la obra de Marx, un corte epistemológico en el sentido en que Louis Althusser lo está planteando, más bien lo que veo es que ese corte existe, el que estaba describiendo antes, pero que no representa dos etapas, sino que, de alguna manera, están pasando a través de toda la obra de Marx. Dentro de toda la tradición economicista del marxismo, Althusser representó, hay que reconocerlo, un momento de avance, aunque con muchas limitaciones. La primera limitación es que es un discurso dentro del proceso de reforma del Partido Comunista francés, que no era precisamente, en los años sesenta, el mundo intelectual más vivo y adecuado para un pensamiento innovador. En segundo lugar, pertenece al momento de apogeo del estructuralismo clásico, el momento en que Levi-Strauss estaba planteando la idea de formas últimas a partir de las cuales uno podía ver una combinatoria en determinación de lo social (Althusser, 1965). Cada vez más, después en los años setenta, la escuela althusseriana trataba de resolver los problemas lógicos que la noción de determinación en última instancia planteaba, por ejemplo, la idea de autonomía relativa — que fue tan central en Poulantzas. Entonces, lo que se encuentra allí es que hay dificultades lógicas, porque si existe una determinación en última instancia por lo que sea, la economía en este caso, establece los límites dentro de la cual la autonomía del Estado puede operar, entonces uno tiene que los límites mismos son parte de la determinación estructural, pero también si esos límites son fijados absolutamente *a priori*, lo que ocurre como contingencia

¹⁶ La dislocación alude a una temporalidad distinta a la espacialidad que establece un desajuste espacialmente irrepresentable. Cuanto más extensa sea la dislocación de la estructura, más indeterminada será la respuesta articuladora y la estabilización de identidades y equivalencias.

en el campo político tampoco puede ser contingente, porque es lo que impide que, en cierto momento del desarrollo político, se puedan romper estos límites estructurales que la economía está planteando. Eso sería respecto al althusserianismo.

Pregunta: Estaba pensando en ese horizonte democrático que, a lo mejor, se abre con la Revolución Francesa. Tengo la intuición de que allí el capitalismo no era capaz, en un determinado estado tecnológico, de producir diversidad, entonces dominaba a través de la homogeneización. En cambio, tengo la intuición de que ahora sí es capaz de producir diversidad y ya no es necesariamente un mercado homogeneizador y, entonces, cómo es capaz de admitir la diversidad, produce diferencias. La reflexión que quiero hacer es que, tal vez, el mercado también es un espacio de negociación y como espacio de negociación, entonces, las reivindicaciones puntuales de cada uno de los consumidores podrían ser inscritas. De un lado, la política consiste en negociar entonces y, de otro, en qué se distinguiría este post marxismo del liberalismo de hoy

Ernesto Laclau: Para empezar, hagamos la pregunta sobre qué es el liberalismo hoy día. El liberalismo está muy lejos de ser una doctrina homogénea, así como el liberalismo político y el liberalismo económico. No creo que haya relaciones de secuencia lógica entre los dos; por ejemplo, estoy muy de acuerdo con una serie de principios del liberalismo político: la división de poderes, las elecciones, la libertad de prensa y todos esos aspectos y, de otro lado, estoy profundamente en contra del neoliberalismo económico, tal como ha sido practicado en Inglaterra o en Estados Unidos en las últimas dos décadas. También la categoría de liberalismo tiene que ser deconstruida, porque si no, vamos a terminar aceptando el liberalismo como un todo.

Pregunta: Me refiero al liberalismo económico, a la idea de que la economía social de mercado constituye un espacio de negociación de los consumidores.

Ernesto Laclau: Sí, creo que desde ya no se puede afirmar frente a la economía de mercado una estatización, un socialismo de carácter puramente burocrático. Creo que, incluso, nadie lo está sosteniendo en los mismos términos hoy día. De otro lado, no creo que la única alternativa frente a la autorregulación del mercado sea el socialismo de tipo burocrático. En principio, el Estado tiene que lograr un equilibrio respecto a los funcionamientos del mercado y a la regulación de los mecanismos de mercado, que no lleven a la eliminación de las relaciones mercantiles, pero que necesariamente las sometan a una cierta lógica

regulatoria. De otro lado, me parece que es importante conocer quiénes entran en el proceso de negociación, y ahí es donde creo que la democratización del proceso económico y político tiene que ir en una dirección muy diferente de la que el neoliberalismo le ha impreso en los años ochenta. Es verdad, pues, estoy de acuerdo contigo en que, en el Siglo XIX, o incluso durante todo el período del fordismo, el capitalismo rendía a la homogeneidad, mientras que, en un universo posfordista, con el trabajo flexible y todos estos nuevos desarrollos del capitalismo, ya no es posible pensar en un sujeto homogéneo. Pero allí la respuesta clásica del socialismo frente a la homogeneidad capitalista era la unidad de una clase obrera cuyos núcleos la constituían la clase obrera industrial. Sin embargo, ahora esa clase obrera industrial está desapareciendo en todos lados, incluso en Argentina, donde fue tan fuerte en los últimos 30 años que siguen a 1945. Entonces, en estas circunstancias cualquier forma de respuesta por parte de grupos antagonizados tiene necesariamente que pasar también por esa pluralidad y diversidad, eso es lo que conviene, al momento de mediación política. Por ejemplo, respecto a la noción de hegemonía y su vigencia en una sociedad como la actual, estaríamos en una sociedad mucho más fragmentada que la sociedad en la cual Gramsci estaba pensando, aunque ya él estaba viendo los comienzos del proceso. Entonces, las categorías teóricas consecuentemente tienen que modificarse, pero sin desistir de articulación que permitan las movilizaciones populares y populistas contra las relaciones de poder y democracias de fuerte institucionalización y convivencia con el neoliberalismo. Ello es una tarea irrenunciable de las luchas hegemónicas en América Latina.

Pregunta: Con toda la relevancia de lo que ha dicho, el discurso neoliberal afirma que el mercado es un espacio de negociación.

Ernesto Laclau: Sí, pero no necesariamente es un espacio de negociación política, para eso es un espacio de negociación exclusivamente entre agentes económicos.

Pregunta: Yo quisiera insistir en la dirección de algunas de las preguntas que se han hecho en estos días, quisiera preguntarle acerca de un problema que aparece en torno al reconocimiento. Usted afirma que la renuncia del sujeto como sustrato único no abre el camino al reconocimiento de la especificidad de un antagonismo desde un “exterior constitutivo” a partir de las diversas posiciones del sujeto, cuestión que nos abriría el camino a lo que usted denomina como profundización de una concepción pluralista, sería esta la condición esencial para pensar la multiplicidad. Mi pregunta apunta hacia la radicalidad de la pluralidad, de esta pluralidad teniendo como límite el reconocimiento, reconocimiento

que vendría a ser la condición de la hegemonía. Ahí donde uno podría decir que la multiplicidad es la condición de un pensamiento que, teniendo como condición la multiplicidad, está referido a un impensado, un impensado respecto del cual esta multiplicidad siempre huye de su reconocimiento, huye de la posibilidad que sea reproducida como tal. Esto lo digo a propósito de una cuestión que usted ha explicado cuando se refiere a una doble relativización, o no había puro sistema cerrado por un lado y tampoco había puro sistema abierto. Eso me parece problemático, porque uno podría decir que esa es la operación moderna, la operación moderna se ha caracterizado por esa doble caracterización, no hay puro sistema cerrado porque siempre está la instancia de la duda o de la crítica, la duda cartesiana, la crítica kantiana, una cuestión que se prolonga. Entonces, mi pregunta va referida hacia la figura del reconocimiento.

Ernesto Laclau: Si he entendido, yo le respondo. Si lo que estoy respondiendo no es lo que usted me preguntó, en ese caso usted hace cualquier gesto, diga: ¡viva Perón! El problema es el siguiente: la idea de un sujeto único del cambio histórico nunca fue una observación empírica. Cuando el marxismo afirma la centralidad creciente de la clase obrera como un dato de la estructura social, pensaba en un proceso a venir, y, al contrario, lo que se está afirmando allí es una pluralización de las luchas sociales y antagonismos específicos de Marx. Ahora, si entiendo lo que usted me está planteando es en qué medida una idea de la articulación hegemónica es compatible con el carácter de diversidad que estas luchas asumen, es algo así.

Pregunta: Una multiplicidad que aparece en tanto que tal porque es reconocida, ese es mi problema. Esto es, el reconocimiento de la especificidad, de las diversas posiciones del sujeto que está en conflicto, eso es lo que nos abre a la condición de pensar.

Ernesto Laclau: Creo no entender completamente la categoría de reconocimiento tal como la usa usted. Sin embargo, dos observaciones. En primer lugar, la multiplicidad no excluye la noción de totalidad, por eso considero que los juegos estratégicos en la noción de totalidad son complejos porque, si afirmamos que hay una pluralidad, estamos afirmando una serie de identidades diferenciadas, separadas. Si estamos afirmando una serie de identidades diferenciales separadas, estas diferencias entre ellos dibujan una totalidad, y estamos exactamente en el mismo problema que antes. Es decir, la idea de un particularismo puro tal como aparece postulado por ciertos sectores simplemente reproduce de una forma invertida toda la concepción esencialista de la totalidad. Ese es uno de los grandes

desacuerdos que tengo con un referente de la llamada postmodernidad, (Lyotard, 1987). Es decir, qué es lo que nosotros entendemos por totalidad, si de lo que estamos hablando es de una totalidad que no se constituya como tal, como totalidad esencial, la idea de un centro y la idea de una pluralidad de elementos que mantienen relaciones diferenciales entre ellos es igualmente esencialista. Entonces, una teoría de la hegemonía no puede estar postulando un centro único de lo social, ésta es la segunda observación, pues cuando estamos hablando de relaciones hegemónicas estamos hablando simplemente del desplazamiento de las lógicas de diferencia y de equivalencia de las que hemos hablado aquí, pero no estamos diciendo que en toda sociedad haya necesariamente un centro hegemónico. Las formas en que una pluralidad de centros hegemónicos que articulan ciertas relaciones sociales se sobredeterminan —por usar el término— en constituir efectos más vastos, que son siempre efectos de horizontes y ya no son efectos de fundamento, eso es un proceso absolutamente abierto. Por ejemplo, el término *moral mayorite*, en la política norteamericana permitió juntar una serie de fenómenos aislados por parte de la derecha, es decir, desde los grupos, los *lobbies* antidivorcistas hasta el *Ku Klux Klan*, diversas formas de antirracismo, grupos de defensa de la familia y, de alguna manera, estos elementos fueron puesto juntos, pero eso no llegó a constituir tampoco un centro único de lo social. Vale decir, de lo que estamos hablando es de lógicas de centramiento y de descentramiento que se están entremezclando todo el tiempo, o sea que no hay que pensar los efectos hegemónicos como efectos que reducen todo lo social a un género de representación único. Eso puede llegar a ocurrir solamente en una situación extrema, cuando hay una ruptura social fundamental en un proceso revolucionario, y ni siquiera allí, porque el proceso revolucionario no es un acto único, es un proceso en el cual hay constante desplazamiento de fronteras. La caída del *Apartheid* en Sudáfrica fue un proceso de una complejidad histórica inmensa, a pesar de que la idea de una frontera dividiendo a lo social estaba allí, pero el principio de la división de color era, al mismo tiempo, *sobredeterminada* por las diferencias étnicas, las poblaciones urbanas y rurales, es un efecto que opera de esa manera. Mi respuesta general sería que no hay que pensar que una pura diseminación de particularismos representa una respuesta alternativa a los problemas que estamos tratando, porque necesitamos articular un campo de demandas populares en un horizonte discursivo, tal fue el caso del peronismo histórico en la Argentina, que para mí es una experiencia fundamental y donde las categorías del gramscismo resultan fundamentales.

Pregunta: Permítame una observación, no entiendo cómo, por qué se dio tanto trabajo en ser anti-hegeliano, para llegar a una noción de totalidad diferenciada, porque precisamente es el centro del sistema hegeliano.

Ernesto Laclau: Sí, pero el centro del sistema para mí es un horizonte y no un fundamento, mientras que para Hegel es absolutamente un fundamento, esa es la diferencia.

Pregunta: No sé. No estoy tan seguro.

Ernesto Laclau: Bueno, podemos seguir discutiendo en cualquier momento...

-

Financiamiento: Esta publicación no recibió financiamiento externo.

Conflicto de interés: Los autores declaran que no existe conflicto de interés.

Declaración de autoría – Credit:

Mauro Salazar: Conceptualización, Análisis formal, Metodología, Administración del proyecto, Redacción - borrador original. Redacción -revisión y edición

Miguel Valderrama: Conceptualización, Redacción - borrador original

Derechos de autor: Los derechos de autor corresponden a Mauro Salazar y Miguel Valderrama.

Declaración de disponibilidad de datos. En este estudio no se crearon datos, ni se analizaron datos nuevos.

Referencias Bibliográficas

Althusser, L. (1965). *Pour Marx*. François Maspero.

_____, L. (1969). *Para leer el Capital*. Editorial Siglo XXI.

Derrida, J. (1997). "Carta a un amigo japonés". *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*. Proyecto A Ediciones.

Feyerabend, P. (1986). *Adiós a la razón*. Tecnos.

Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel*. Ediciones Era.

Kuhn, T. (1991). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Fondo de Cultura Económico.

____ (1993) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Nueva Visión.

____ (1996). *Emancipación y Diferencia*. Buenos Aires.

Lakatos, I. (1978). *La metodología de los programas de investigación científica*. Alianza Editorial.

Lefort, C. (1990). *La invención democrática*. Nueva Visión.

Lyotard, J. F. (1987). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Ediciones Cátedra S.A.

Marx, K. (1970). *Contribución a la crítica de la economía política*. Ediciones Estudio.

____ (2004). *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Pluma y Papel.

Mouffe, Ch. (1998). *Deconstrucción y Pragmatismo. Democracia radical*. Paidós.

Popper, K. (1985). *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*. Paidós.

Poulantzas, N. (1979). *Poder, Estado y socialismo*. Siglo XXI Editores.

Rorty, R. (1989). *Contingency, Irony, and Solidarity*. Cambridge University Press.

Sorel, G. (1978). *Reflexiones sobre la violencia*. La Pléyade.